

Hazañas de los malos tiempos

Intervención de Cristina Morano

01 - Ricos

Vídeo de Patty de Frutos sobre el poema *La herencia*

En los años 90 estaba de moda la palabra “alternativo”: por ejemplo, *cultura alternativa* (se hacían congresos sobre eso), se decía *yo soy muy alternativo* incluso para ligar. Parecía como si todos los adjetivos que antes se usaban para definir los modos de vida o de creación que se salían de lo establecido por la tradición, esas palabras que antes eran: *contracultural, revolucionario, underground, anti-todo*, etc... en los 90's se hubieran recogido en “alternativo”. Tal vez porque era un adjetivo poco usado (fuera de los oficios que tuvieran que ver con la electricidad), y las demás palabras eran demasiado radicales para la España del PSOE. Pero lo cierto es que la vida supuestamente alternativa de todos esos que usábamos taaaanto la palabra, se limitaba, como mucho, a la cultura. Se limitaba a la cultura porque en realidad no había ningún tipo de organización o de sistema fuera del Sistema. Si querías formalizar tu unión con alguien tenías que casarte (no había registro de parejas de hecho), si querías comprarte discos o ropa chula tenías que ir al Corte Inglés (las primeras tiendas de Zara y Mango se ponían siempre al lado de un Corte Inglés), si querías educar a tus hijos tenías que llevarlos a un colegio (ahora está regulada incluso por ley la opción de educar a los niños en casa y examinarlos solo cada cierto tiempo), etc.

Cultura alternativa sí que había, sin duda. Incluso, como ya he dicho, se hacían congresos sobre ella. Había música, galerías, revistas, editoriales, bares, locales okupados, en fin, todo un mundo que funcionaba al margen del sistema. Pero al final del día, si querías descansar, tenías que ir al Corte Inglés a comprarte un colchón.

A los integrantes de esa cultura siempre nos quedaba un regusto raro en la boca. Pensábamos: “¿cómo es posible que llevo todo el día haciendo cosas contra el sistema, luchando, cantando, publicando contra el sistema... y luego voy a dormir con un pijama de Galerías Preciados en una cama del Corte Inglés?”

En el fondo sabíamos que estábamos viviendo dentro del Sistema. Que no había manera de salirse de él. Incluso hoy en día. Puedes negarte a votar, puedes ejercer tu oficio sin cobrar IVA, puedes abastecerte de productos en huertos familiares o vecinales, puedes intercambiar tus conocimientos de inglés por unos pantalones o conseguir café a precio justo, pero si enfermas de manera grave, tendrás que ir a la Seguridad Social. Y si el Gobierno en curso ha recortado en hospitales, tu abstención te costará muy caro.

02 - Pobres

Fragmentos extraídos del libro *Hazañas de los malos tiempos*

Es el tiempo del cambio. ¿Quién puede entender esto? No es posible permanecer igual cuando miras el cuarto de baño y te parece un prodigio que aún tengas agua. Cuando comes patatas y lentejas presadas. Todo esto deja de ser Lo cotidiano para convertirse en La hazaña. ¿Quién va a entenderlo? Desajuste, infección, paso malo. Pongo palabras. Pero no salgo de Lo solo. Devengo en otra especie. Se me abren llagas en *la* lenguaje.

Me despierto sin lucidez o con la justa para saber que los demás no están ilesos. Quiénes cantan. Mañana no estaré curada.

Entended lo que digo. Esto fue un año, fue mucho tiempo, más de un año. Malos tiempos cuando te quedas en la calle. Me despidieron y hubo cosas que se aceleraron. Lo que tenía dejó de ser suficiente, dejó de bastar. El amor quería otra cosa. Hablaba yo y me parecía que las palabras se volvían contra mí. Eran cosas con filo; las palabras hechas de aire eran contabilizadas como cosas arrojadas, señaladas como culpables, cosas malas con bordes. Lo que yo hacía era cosas malas.

He pensado en el futuro y he visto una sola mujer mirando hacia el suelo. En el suelo hay piedras con filos. Las cosas que ha dicho pesan, caen y permanecen ocupando el piso, enervando a los gatos. La culpa es mía. Las heridas de los otros son mías. En enero del año 2015 me senté en el suelo del pasillo durante dos días. Porque José Daniel Espejo daba una lectura de sus poemas en la librería Action Comics, me levanté para ir.

Argonautas de esta aventura, los amigos reman a mi lado, pronuncian mi nombre, aprovisionan las bodegas. Quizás, en otros planetas, eso baste.

De todas formas me levanté para ir. Esa noche bailé hasta la madrugada con Rubén y su hermano José Óscar López; hablé de Pynchon con amigos muy jóvenes, bebimos por Foster Wallace y por Anne Carson. Harta de no ligar, me fui a casa. Al cruzar la plaza, un pájaro rompió la madrugada con un canto atonal, secuenciado, mantenido igual durante horas; escribía y escribía.

A mi alrededor, inestabilidad, augurios. Dos de mis mejores amigos pasaron por el hospital para tratarse un cáncer, pero cuando me lo decían, yo miraba para otro lado y cambiaba de conversación. Metía las manos en los bolsillos y arrugaba un kleenex que siempre llevo por ahí. Soren Peñalver, el alma de la vida literaria en la pequeña Murcia, sufrió un ictus. Más kleenex estrujados.

Como todo expulsado del sistema, empecé a hacer cosas ilegales, desde cobrar en metálico los pequeños trabajos, hasta revisar los bolsos de la gente bien vestida por las noches, en los garitos del centro. Arbusto bajo, monte mediterráneo, ladrones, lazaretillos, facturas falsas, duplicados de tarjetas, cigarrillos prestados, baldosas flojas, bolsas enrolladas en el congelador: panorama de lo mío.

Como cualquier pobre, la cólera la dirigíamos contra nuestra propia casa, en eso no éramos distintos de cualquier otro explotado, no nos salvó nuestra cultura ni nuestra mayor educación, estábamos tan alienados como cualquier peón. En lugar de incendiar el Parlamento o meter goma-2 a los empresarios, nos heríamos mutuamente. Hacíamos vidas separadas. En la última semana de junio de 2014, nos separamos.

Pero no me tengáis lástima: tenedme lenguaje, escribid conmigo en el idioma virus que estalla y no agrada, en lo no bello. La casa sucia significaba, era Textura (textura: cualidad de texto). No sé lo que leeréis cuando esto se publique, en esa casa leía/ tocaba yo, por fin, el poema. Dejé de medir los versos, ponía palabras y así era. No escribía, chorreaba. Me levanté para ir. A *la* lenguaje.

Bailaba con Rubén en los garitos del centro de Murcia. El delirio ganó muchas noches, muchos post fueron subidos a internet en estado hipnótico. Otras veces me echaba sobre la cama a mediodía y seguía allí al día siguiente. Me levantaba en estados de fatal lucidez. Componía versos extraños, rítmicos; entonces rompía esos ritmos intercalando adjetivos, en contra de 20 años de aprendizaje poético.

Cuando bajaba a comprar a los hipermercados del barrio, las cajeras me contaban su vida, las colas se alargaban detrás de mí mientras ellas lloraban o me recomendaban sus tintes de L'Oreal. Me sentaba en el balcón de mi casa y dejaba pasar las noches sin hacer nada, mirando los naranjos de la plaza, oyendo los mirlos que triscaban el azahar o encendiendo velas para honrar no sabía bien qué (pero era consciente de que con ese gesto rehacía costumbres de mis abuelas).

En África se desató una gran epidemia de ébola y Europa, que llevaba más de 3 años protestando en las calles contra los Otros, volvió a sus casas a recelar de sus Propios Fluidos. No sólo los antisistema, sino también los profesionales de la asepsia fueron encerrados, atados, castigados. Dejé de salir, vivía,

prácticamente, en el balcón, mirando afuera. Luego, en las noticias, salía la foto de un perro encerrado en un balcón, aullando por su soledad y me sobresaltaba si alguien llamaba a la puerta, como si la profilaxis decretada contra los virus fuera a cobrarse mi forma de existencia. No sabía si yo también era un animal acorralado.

03 - Paralelos

Vídeo del programa de Radio 3 "Palabra Voyeur" sobre el poema *El animal que no eres*

No, no somos animales. Pero la única manera de salirse de lo establecido es construyendo una verdadera alternativa que nos permita llevar una vida al margen de la especulación, de la contaminación o de la deprecación hacia los que el *status quo* ha hecho débiles. Creo que hay que levantar unos modos de vida, unas relaciones y unos productos al margen del sistema capitalista y hay que hacerlo ya, no esperar a ninguna etapa futura donde todos confluyamos en un idílico lugar sin ricos y sin pobres.

En este marco de construcción de una verdadera sociedad paralela es donde se inscribe esta red de economía solidaria. Una red que aspira, o al menos así lo entiendo yo, a torcerle el brazo al sistema desde su mismo corazón que es la economía. Ya que no es posible cambiar de golpe y mundialmente la manera de vivir del ser humano, al menos que los seres normales podamos vivir verdaderamente, en todos nuestros parámetros vitales sin recurrir a todos esos procesos infames de la sociedad de consumo. Procesos que se nos presentan como normales y que no son más que gilipollices impuestas por unos pocos. Me refiero a los procesos de compra-venta, al transporte individual, a la fabricación de bienes y servicios en número mayor que la demanda solo para mantener unos precios determinados, al desperdicio de alimentos solo para que no bajen esos precios, etc...

Necesitamos re-unir el mundo en una ciudad sin diferencias de origen, sin contaminación, sin agresiones animales.

En esta red de economía alternativa, esta vez sí, realmente alternativa, hay empresas de todo tipo, desde los Traperos de Emaús hasta asociaciones de cantautores. Sé, además, que colectivos como Traperos están diversificando sus actividades, ya no son solamente un almacén de ropa sino que recogen, gestionan y recolocan libros, zapatos, muebles, etc. Esta labor concreta de Traperos de Emaús, contribuye con el reciclado de objetos a una idea que me interesa como poeta y también como diseñadora gráfica. Es la idea del respeto al objeto, de la consideración hacia el objeto. Frente a la cosa de usar y tirar propia de la sociedad consumista, está la cosa reciclada, usada una y otra vez, vivida. Y no me refiero a los productos de la artesanía, sino a cualquier cosa, incluyendo las figuritas de StarWars o las latas de refrescos. No me importa lo que sea, cualquier cosa ha sido fabricada a partir de algo, alguien pensó en ella y la dibujó o la copió o la imaginó para que sirviera.

En las cosas de segunda mano hay como un rastro del servicio prestado. El desgaste que sufren va personalizando su aspecto: por ejemplo, se les modifican los contornos, sufren cambios de color, pierden piezas que son sustituidas por el ingenio (o por su falta) de los dueños, a veces incluso cambian de función: los jerséis pasan a ser bufandas, los neumáticos pasan a ser chanclas, las botellas de agua pasan a ser lámparas, etc. También en nosotros hay ese rastro. No somos piezas en serie, sino individuos muy muy personalizados. Negándonos a obedecer.

Lectura del poema "Diluvio" del libro Cambio climático.